

Artículo 21

Se entiende que es marca de comercio ó de fábrica, el signo, emblema ó nombre externo que el comerciante ó fabricante adopta, al expender sus mercaderías y sus productos para distinguirlos de los de otros empresarios que negocian en artículos de la misma especie. Pertenecen también á esta clase de marcas las llamadas dibujos de fábrica ó labores que, por medio del tejido ó de la impresión, se estampan en el producto mismo que se pone en venta.

Artículo 22

Las falsificaciones y adulteraciones de las marcas de comercio y de fábrica, se perseguirán con arreglo á las leyes del Estado en cuyo territorio se comete el fraude y se causa el daño.

Montevideo, Octubre 24 de 1888.

GUILLERMO MATTA.
BENJAMIN ACEVAL.
M. M. GÁLVEZ.



Cup. 405. C. 27.

GUILLERMO GODIO

CONFERENCIA DESCRIPTIVA

DEL

TERRITORIO DE MISIONES

DADA EN EL

TEATRO COLON EL 21 DE ENERO DE 1886



BUENOS AIRES

ARNOLDO MOEN, LIBRERO EDITOR
Nueva Librería Europea, calle Florida 138

1886





GUILLERMO GODIO

Es una figura varonil y una cara simpática porque á ella asoman sus buenas condiciones de alma.

Todas sus aptitudes son firmes, resueltas y llenas de energía; la falta de toda pretension en su toilette responde á la falta de toda afectacion en su espíritu.

Es un hombre natural, franco, abierto y hecho á la lucha ruda con la naturaleza.

Al mismo tiempo que hace el judío errante del desierto, tiene toda la distincion y el trato fino de la persona culta, porque esa misma acusacion vigorosa de su persona física está en perfecta armonía con las acusaciones vigorosas de su persona moral.

Es todo un carácter tallado de una sola pieza y con el rumbo sólido que traza una inteligencia clara y rica.

Su tez morena de viajero, destaca la barba rubia de italiano culto, terminada en una punta, bajo su bigote de *hombre* entre el que hay todas las suavidades de una sonrisa buena; su nariz desenvuelta, su frente amplia y su mirada vivísima acentúan ja criatura intelli-



gente, así como la presión de su mano revela al que observa, que posee un carácter noble y espontáneo.

Gran *causeur*, tiene el capital de sus viajes numerosísimos, de su espíritu estudioso y de su vasta instrucción; toca en el piano toda la rapsodia originalísima hecha en sus escursiones, y es artista como hombre de ciencia.

Esta amable y utilísima persona, se encuentra en Buenos Aires de regreso de su viaje á Misiones, cuyos territorios ha cruzado con toda la fatiga ó el encanto del que se interna á la buena de Dios y sin más que su rifle y su cuchillo.

Allí ha encontrado un cuadro inmenso ante sus ojos, á cuyo estudio se dedicó con fe, inspirándole tanta riqueza la idea de una obra muy seria, uno de aquellos trabajos que hacen positivamente bien al país en que se producen.

Como una exposición previa, un *aperçu* sintético de sus estudios ó impresiones, lo que será lleno de interés por los elementos reunidos, Godio anuncia una conferencia para el 21 en el Teatro Colon.

Un hombre como él hará valer este trabajo de importancia, y el estudio completamente desapasionado y desvinculado de todo interés que no sea el bien general, no dudamos que llevará allí mucha gente.

Godio tiene ya su nombre y el tema está lleno de atractivos.

(La Crónica).



Vi sono dei nomi attraenti: quello di Guglielmo Godio é del bel numer'uno.

Il Godio ha saputo circondare di bell'aureola il suo nome coi rischiosi viaggi d'Africa, coi brillanti scritti sulle eseguite esplorazioni in quella terra misteriosa, colle sue applaudite conferenze, colla sua onesta vita di publicista, col suo carattere aperto, co' suoi capricci di viaggiatore incorreggibile.

(La Patria Italiana).



PRIMERA PARTE



SUMARIO—La razón de esta conferencia—El por qué de mi viaje—Lo que sucede en Europa—Ideas sobre colonización y sobre emigración—África y América—Plan general del libro que estoy escribiendo sobre la República Argentina—Itinerario de mi primera excursión al país de los Guaraníes—Materiales recogidos.

SEÑORAS Y SEÑORES:

EA conferencia que tengo hoy ante vosotros, huéspedes míos, en esta capital moral de la América del Sud, no es el fruto de una vanidad personal, cobijada bajo el acostumbrado manto de una invitación de un grupo de amigos complacientes, ó bajo el no menos acostumbrado patronato de una de esas academias de mútua alabanza que pululan aquí como en el viejo mundo, para exaltación de los mediocres. Ni tampoco me estimula la sed de obtener con medios oratorios de vuestra ya reconocida cortesía un fácil aplauso, puesto que á toda ventaja oratoria renuncio, cuando renuncio á hablar en mi nativo idioma.

No: esta conferencia soy yo quien la ha decidido: soy yo quien la ha querido: soy yo quien ha provocado de la cortesía de la prensa la publicidad que me procura tan selecto concurso: soy yo mismo el que ha querido esta conferencia con el propósito deliberado de un

galantuomo que quiere cumplir con un deber, aun sabiendo que al cumplirlo afronta un peligro.

Y este deber, y este peligro, sois vosotros los que me lo habeis creado, vosotros, ó egregios colegas en literatura y periodismo con despertar al rededor de la obra en que sabeis me hallo empeñado la mas benevolente expectativa, vosotros, ó autoridades locales, que interpretando el espíritu hospitalario del país que gobernais, y que prometiéndooos algun fruto provechoso para vuestra patria con mi obra, la habeis facilitado, sois vosotros todos, ya seais indígenas, ya seais extranjeros, los que useis conmigo cortesía.

Probablemente, procediendo así, vosotros teneis en cuenta mi pasado no del todo infecundo.

Pero esto, si es suficiente para despertar vuestra bondad, no debe bastar para acallar mi conciencia.

Yo no quiero explotar esta benevolente expectativa detrás de la cual podria escudarme por largo tiempo impunemente.

No: yo quiero salir en campo abierto: quiero ser juzgado por lo que hago, no por lo que haya hecho en el pasado ó por lo que se suponga que pueda hacer en el porvenir; quiero provocar vuestro exámen, vuestra crítica sobre mi trabajo aun en el acto mismo en que lo efectúo.

Así, si es inmerecida, vosotros me retirareis vuestra benevolencia y vuestra confianza, evitando á vosotros un desengaño, á mí un peso.

En hipótesis menos severa, con presentar voluntariamente el flanco para ser herido, con exponerme á público control, acrecentaré en mucho los obstáculos á mi obra, pero esto será una salvaguardia contra todo género de seducciones, por lo cual quedará pura la honestidad de mis intenciones; con ello ganará en sinceridad la obra misma, y en último resultado será mayor su eficacia.



Quizás os habeis preguntado alguna vez: ¿ Quien es este hombre, cuyo nombre nos llega de tiempo en tiempo, ya desde lejos, ya de cerca, de los puntos mas opuestos,—ora al frente de un diario batallador, ora á la cabeza de una expedicion de exploradores en el corazon del Africa,—ora empeñado en una controversia científica, ora en una contienda armada,—ora en una cuestion ardiente despertando al público ya con un libro, ya con una conferencia,—ora envolviéndose en los rumores de una sublevacion popular, ora entre los silencios de una region desierta y salvaje. . . ?

¿ Cuál es el ideal, ó mas bien dicho, cuál es la locura de este insensato de este judío errante de la pluma, que corre á través del mundo sin hallar descanso ?

¿ Es acaso la punzada de un dolor secreto que lo atormenta y lo persigue ?.....

.....
A vosotros, que os importa el móvil ?

Basteos saber que en la locura de este ser original, hay un ideal noble y grande: en el fondo de su aparente inestabilidad hay un punto fijo, hay una meta.

Y el nombre que lleva su ideal aparecerá en la síntesis de todos sus escritos, y de todas sus acciones: el lema bajo el cual combate, soldado humilde de una gloriosa falanje, antigua como el instinto del amor al prógimo, duradera como la lucha por la felicidad humana, aparecerá fulgurante en la bandera en que caerá envuelto despues de una vida laboriosa y batalladora.



El presente viaje de estudio en la América del Sud es una dependencia de mi programa.

SEÑORES:

En la vieja Europa en general, y en mi país en particular, se produce un fenómeno del cual vosotros no tenéis idea, puesto que aquí se verifica precisamente lo opuesto.

Es la reproducción del mismo fenómeno histórico por el cual las antiguas poblaciones Canáseas, onda poderosa de un río desbordante, siguiendo una marcha fatal de Oriente á Occidente, de las riberas del Ganges se volcaron sobre las orillas del Eufrates, del Nilo, del Ponto, del Tiber, del Eridano, del Sena y del Guadalquivir. Es aquella exhuberancia de poblacion, regurgitante en relacion con los recursos económicos y con la extension del terreno,—que enacerba la lucha por la vida, que sujere á los economistas teorías como la de Malthus, que genera teorías sociales como la de Marx.

Es la desigualdad entre la fuerza del capital y la oferta del trabajo.

Es aquella situacion angustiosa en que la exorbitancia de los impuestos tiende la mano al pauperismo, en el cual los licenciamientos forzados dan la mano á las huelgas, en el cual las expropiaciones fiscales tienden fraternalmente su mano al proletariado.

Es, en suma, aquel estado morbozo de plétora que se traduce en el pueblo con el hecho espontáneo de la emigracion, y en los gobiernos con el hecho violento de la colonizacion.

No cabe en los límites que me he impuesto, el que pueda demostraros, como se opondrá á la colonizacion violenta el gran ideal de la confraternidad humana, há-

cia el cual se camina—conscientemente por los sábios, —inconscientemente por los pueblos,—tampoco es una conferencia arma suficientemente válida para combatir preocupaciones inveteradas. Esta lucha para otro terreno!

En el Código natural del derecho de gentes, en el círculo restringido de los ejemplos de la historia, hay argumentos bastantes para establecer la iniquidad de un sistema que consagra el derecho del mas fuerte, y divide á los hombres en dos categorías artificiales: la de aquellos que solo tienen boca y vientre, y la de aquellos, que solo tienen brazos y dorso.

Ademas, la historia nos dá una lección severa: ella nos enseña que la denominacion colonial, es no solamente una justicia, sino tambien un mal, puesto que, tarde ó temprano, las colonias concluyen siempre por morder el seno de la madre que las ha nutrido.

Son los exilados voluntarios: son las falanjes de los trabajadores; los verdaderos soldados de la civilizacion.

La emigracion espontánea es la forma de expansion mas honesta, mas lógica, mas fecunda en buenos resultados.

Y esto se verifica por leyes fatales, las cuales ninguna insipiencia ú oposicion de gobiernos conseguirá jamás detener.

•••

Y sin embargo, estas teorías tan naturales, estas verdades tan claras, estos principios tan sencillamente honestos, no se han abierto camino aun entre nosotros, —me limito á hablar de la Italia,—y la palabra colonizacion suena con acento noble, glorioso, mientras que emigracion se pronuncia en voz baja, casi con vergüen-

za; para la colonización armada los gobiernos dispenden dinero, derraman sangre, cimentan decoro y honestidad; contra la emigración desatan la jauría de sus esbirros, emanan leyes represivas, fomentan el desprecio público; á los que regresan con las manos manchadas de sangre inocente, los arcsos de triunfo; á los pobres pionners del trabajo, el olvido; á los apóstoles de la idea civil, la befa y el escarnio.

Fué en homenaje de este viejo error, de estas malas preocupaciones, que el gobierno italiano,—siempre por no hablar de casa ajena),—ideó el proyecto infeliz de la expedición africana. Con la especial competencia que me daba el conocimiento de los lugares, de las cosas, de las personas, ataqué en Italia con la palabra y con los escritos esta tendencia usurpadora, que, á mi modo de ver, sentaba mal á un pueblo que tanto había sufrido para conquistar su propia independencia. Pero aquí es no el caso de insistir sobre estos argumentos.



Combatía yo por estos principios, cuando mi rápido viaje del año pasado á la América del Sud fué para mí una verdadera revelación.

Aquí se me presentó el consolador espectáculo de una nueva Italia que prospera floreciente, no por la vía de la opresión, sino porque se hace amar por su bondad, se hace buscar por su laboriosidad, se hace estimar por su honradez, se hace distinguir por su inteligencia.

Aquí, opuestamente á todo lo que pasa en Africa, hallé homogeneidad en la naturaleza, salubridad en el clima, fecundidad en el suelo.

Aquí las instituciones de crédito me dijeron con el

lenguaje irrefutable de las cifras, que la emigración, en vez de ser un manantial de gastos improductivos, es una fuente de gratuitos beneficios para la madre patria, y las estadísticas me demostraron cuánto gana nuestro comercio con ella, y me revelaron, qué porvenir se abre para nuestra marina mercantil.

Aquí la altivez con la cual los hijos de italianos, sin olvidar las glorias patrias, se enorgullecen de su bautismo americano, me confirmó en una vieja convicción, esto es, que la patria cada uno la lleva consigo mismo.

Entonces comprendí cómo esta tierra feliz de la América del Sud, que abre al extranjero sus opulentos brazos, é invita á su seno fecundo á los pueblos de todas las nacionalidades, y los funde en una vida comun alegrada con el trabajo productivo é iluminada por el sol de la democracia, esté destinada á resolver nuestras mas urgentes cuestiones sociales, y á operar á través del Océano, por virtud espontánea, las transformaciones que las razones históricas operarán más lentamente un día en la misma Europa; esto es, la desaparición de las barreras de nacionalidad y de las barreras de casta: la fraternidad de los hombres: la igualdad social, que no reconocerá otro desnivel sino aquel que existe entre el trabajo y el ocio, entre aquel que se pudre en la ignorancia, y aquel que cultiva sus propias facultades.

En efecto, vemos aquí al español, que, olvidado de ser hijo de los primitivos dominadores, está orgulloso de la nacionalidad americana, ó, para decirlo con una imaginosa frase de un escritor argentino, vemos la espada de San Martín envuelta en el estandarte de Pizarro. Aquí vemos al inglés y al alemán dulcificar la aspereza de la pronunciación de sus idiomas nativos hablando la armoniosa lengua castellana: vemos el francés olvidar el pretencioso *chez nous*, é infundir en la vida y en la literatura americana su brio y su espíri-

tu: vemos al italiano que no halla grave el sacrificio de cambiar la rica lengua de Dante por el imaginoso idioma de Cervantes.

Entonces me dije, que no solamente habria hecho obra patriótica, sino humanitaria, en emplear todas mis fuerzas para hacer que la impresion, que habia recibido, se propagase, y que la conviccion entrada en mí por la via de los hechos vistos y palpados, entrase en la mayoría por la via de los mismos hechos fielmente narrados.

Despues de haber quebrado las primeras lanzas con el periodismo en una lucha que no fué infecunda, comprendí que se podia hacer mucho mas.

Me pareció que hubiera sido obra utilísima ofrecer á mis compatriotas un estudio concienzudo, desapasionado, detallado de estos países; decir de ellos toda la verdad, nada mas que la verdad; decir el bien sin cortesania, decir el mal sin acrimonia; hacer conocer á los emigrantes lo que les espera, revelarles los inmensos recursos de este rico país; destruir sus preocupaciones y sus ilusiones exageradas, reducir á sus justas proporciones sus desconsuelos, combatir la emigracion de los *declassés*, de estos *declassés*, verdadera plaga y desdoro de las colonias, que tan eficazmente estigmatizó un conocido periodista italo-argentino, en las aplaudidas conferencias que tuvo el año pasado en Italia; provocar entre ambos gobiernos la cesacion del conflicto de legislacion sobre algunos puntos importantes; llamar la atencion de los mismos gobiernos sobre ciertas reformas que podrian ser para ellos de recíproca utilidad, ya sea en materia de legislacion marítima ya sea en materia de legis-

lacion comercial; reanudar los vínculos entre los hermanos lejanos destruyendo la pesada capa del olvido y de la ignorancia; y finalmente concurrir á estrechar cada vez mas los vínculos de afecto y estimacion entre huéspedes y huéspedes, á merced de una mas íntima y recíproca relacion.

Y como por mi índole pensar es obrar, así fué que decidí mi segundo viaje á América.

Ahora que os he espuesto mis propósitos, es tambien justo que os esponga el método que pienso seguir en mi estudio, ó para decirlo mejor, el programa de mi libro.

No os ocultaré que tengo intencion de estender mi estudio tambien á los demas países de la América del Sud; pero como no me parece prudente tirar con demasiada confianza giros sobre el porvenir, así me limitaré á decir como entiendo estudiar la República Argentina.

Mi libro tendrá una parte histórica, una parte económica, una parte descriptiva.

¿Qué necesidad tenemos, me direis, de la parte histórica? Y para tacharme de audacia me citareis los nombres ilustres de vuestros historiadores nacionales.

Pero es necesario que no olvidéis, señores, que mi libro es destinado esencialmente á la Europa: y que en Europa la ignorancia respecto de vosotros es tan grande, que os haria reir, si os diera alguna muestra de ella.

No podré seguramente narrar cosas nuevas, pero gracias á un resumen rápido, sintético, verídico de vuestra historia, me propongo quebrar esa ignorancia, corregir muchos falsos juicios. Sobre todo, quiero destruir con todas mis fuerzas esa vieja y odiosa calumnia que

llama á las repúblicas de la América del Sud, *repúblicas de cuchillo*. Quiero decir,—(y espero, y auguro, . . . y ruego, que ningun hecho doloroso venga á desmentirme)—que si aquí las luchas políticas son mas acerbadas que en otra parte, esto no acusa en vosotros una índole turbulenta, ni significa que vuestra educacion sea inferior á las libertades de que gozais, sino que son únicamente indicios de un pueblo floreciente de juventud, exuberante de vigor, lleno de sangre generosa.

Yo lo proclamaré ante vuestros detractores, yo estaré garante por vosotros ante mis connacionales deseosos de aportar sus brazos á obras de paz, que jamás quereis borrar con una esponja embebida de sangre civil las mas gloriosas páginas de vuestra historia.

Y es rebuscando en vuestras páginas gloriosas que quiero recordar á mis hermanos, para que aprenden á amarnos, que si estos han tenido un Cavour, vosotros habéis tenido un Rivadavia, que si estos han tenido un Rey guerrero, vosotros habéis tenido un San Martín para repetir las hazañas de un Alejandro, y la abnegacion de un Cincinnato; y que aquel mismo Garibaldi que dió su brazo á la causa de la libertad en Italia, dió tambien su brazo á la causa de la libertad en América, estableciendo entre ambos pueblos un vínculo de parentesco con el bautismo de su sangre.

En la parte económica aportaré mi mayor atencion y diligencia. Me propongo viajar por la República Argentina, provincia por provincia, paso por paso, y no describir sino aquello que habré visto, no referir, sino aquello que habré podido tocar con mis manos y controlar, y corroborar el todo con datos positivos y cifras exactas. Quiero ponerme en grado de saber decir donde deba llevarse el trabajo, donde el capital, donde se pueda introducir ó mejorar un cultivo, donde se ha de implantar una industria, donde establecerse un comercio.

Finalmente, en la parte descriptiva, los usos característicos, las costumbres singulares, los cuadros de la naturaleza, las tradiciones populares, las leyendas, las aventuras de viaje, me darán argumentos para mezclar lo dulce á lo útil; para dar algun atractivo literario á mi libro.

Tal es el asunto que me impongo, y á cuya ejecucion ya he dado principio.

¿ Conseguiré realizar mi vasta tarea ?

Sí, lo conseguiré, si no ha mentido Franklin cuando dijo :—querer es poder !

..

Fué meta de mi primera excursion el territorio de Misiones, porque su estudio me era facilitado por el hecho de tener ya algun conocimiento de él, por haberlo atravesado dos años antes, desde Posadas á Santo Tomé, cuando volvía de mi viaje al Paraguay.

El itinerario que adopté fué el siguiente :

Salí de Buenos Aires en un vapor del Lloyd Argentino el 15 de Octubre del año pasado. Remontando el majestuoso Paraná llegué á Corrientes en poco menos de seis dias, despues de haber aprovechado de algunas horas de estadía del vapor para visitar muy superficialmente las ciudades de Paraná y de Goya.

De Corrientes, traspasándome á otro vapor del mismo Lloyd, llegué á Ituzaingó en 24 horas de navegacion. De aquí, habiéndose roto algunos dias antes contra un escollo el vaporcito *Misiones*, el único capaz, por su construccion especial, para atravesar el Salto de Apipé, debí proseguir por via terrestre hasta Posadas, teniendo así oportunidad de conocer en mi trayecto las antiguas reducciones de Santa María, S. Miguel, Santa

Tecla, de Curupaytí, de Ombú, y costear por una parte la famosa Laguna Iberá, llena de leyendas y de terrores, diseminada de islas inexploradas, en las cuales reinan soberanos los tigres y las serpientes, y quizás algun salvaje, laguna inmensa, que roba no menos de setecientas leguas cuadradas á la agricultura. En uno de los islotes mas vecinos se habian aventurado pocos dias ántes para buscar leña, en una canoa, dos peones. No habiendo reaparecido, al tercer dia sus compañeros fueron tras sus huellas. Hallaron á los dos desgraciados desnudados y muertos, el uno estendido sobre la canoa, y el otro á pocos pasos de allí. Tenian la lengua tronchada, los ojos arrancados y sus cuerpos habian sufrido cierta mutilacion por la cual, si hubieran quedado vivos, habrian hallado fortuna en calidad de custodes de un Harem en Oriente. Los paisanos que me contaron este hecho, cuya veracidad pude controlar en otras fuentes, me narraron como, cuando sopla el viento de lo interno de la laguna, llega el sonido de mugido de bueyes, y de disparos: que algunas veces se han visto en la playa fragmentos de terralla traídos por la corriente: y por algunos ancianos es conservada la tradicion de que en tiempo de los jesuitas las islas fuesen conocidas, y tuviesen relacion con la tierra, y que con frecuencia los tigres transportados en camalotes, ó llegando á nado, hacen estragos en las haciendas. Me narraron además que el año pasado doce personas intentaron explorar la laguna, pero que volvieron de ella aterrados. En San Miguel se me refirió, que algunos años ha, dos ancianos se detuvieron por algun tiempo en la estancia misma, donde construyeron una canoa. Se lanzaron en la laguna. No se les vió mas. Ni tampoco se tuvo de ellos noticia.

Esos y semejantes cuentos ya comprendereis fácil-

mente como fueran mas que suficientes para que al alejarme de aquellas playas dijera á la laguna Iberá no *adios* sino *hasta la vista*.

En Posadas, capital de Misiones, pequeña y graciosa ciudad construida sobre una altura en un punto en que el Alto Paraná dá una gran vuelta, de manera que está circundada por tres partes por el rio, me detuve algunos dias para conocer la ciudad y sus alrededores; y los hice centro de excursiones para visitar los lugares del interior donde estuvieron las antiguas colonias jesuíticas.

Así conocí el territorio de las Bajas Misiones.



Queriendo conocer tambien el territorio de las Altas Misiones, fleté un pequeño bote á vela dirigido por el patron y dos marineros, y favorecido por una rarísima fortuna, eso es por un gallardo viento sud, llegué en solo 9 dias de navegacion por el Alto Paraná á la barra del rio Ghazy, despues de haber atracado en San Ignacio, en Corpus, en Nacanguazú, en Pirapó, donde tuve una desagradable sorpresa por parte de algunos indios á quienes debí mandar mi tarjeta de visita envuelta al rededor de algunas balas de remington, en Piray, en Pirapitá, y en otros puntos ya de la costa paraguaya, ya de la argentina.

De la barra del rio Ghazy, habiéndome unido con Adam Lucchesi, un singular yerbatero de quien hablaré mas adelante, me interné por dos dias de marcha á mula en la selva siguiendo una picada, ó sea una galería cortada en el bosque, abierta por él, y así pude ver de cerca lo que son los yerbales y estudiar la curiosísima vida del yerbatero, y asistir á la cosecha y

á la elaboracion de la preciosa hoja que tiene la virtud de convertir las picarescas bocas americanas en otras tantas bombas aspirantes y absorbentes, (el ylex paraguayensi), de que un poeta muy silvestre de las selvas misioneras, un poeta yerbatero, cantó un himno, que ha quedado, por fortuna de las nueve musas, inédito aun, y del cual entresaco los siguientes versos, muy rústicos, pero muy descriptivos:

«La yerba es sin duda el árbol mas lindo,
Sus hojas parecen las de un naranjal:
El árbol se cria esbelto y hermoso
En montes espesos donde hay malezal;
Tambien en alturas se cria la yerba
Y entonces sus hojas son mucho mejor,
De formas pequeñas, color amarillo,
De tantas caricias y besos del sol.

Estando sus hojas muy bien salpicadas,
Su polvo parece al oro en color,
Tostadas despacio y á fuego muy lento,
Se saca una yerba de rico sabor;
Pero es necesario cuidarla de noche
Cual cuida un amante su bella mujer,
Cuidando las chispas que al aire se elevan
Y á impulso del viento la suelen prender.»

De los yerbales, (último límite á que habia llegado la obra del hombre), dejando las mulas, afronté la densa selva virgen con el machete en la mano acompañado de Adam Lucchesi y con tres de sus fieles indios, y tomando rumbo nord-este, despues de diez dias de inimaginables fatigas, llegué á la costa del rio Iguazú á cerca de legua y media mas arriba del gran salto de la Victoria, en cuyo punto el rio Iguazú comienza á ser navegable, y lo es por cerca de treinta leguas procediendo aguas arriba.

Visité al célebre salto, estando sobre él, llevándome

no sin peligros al centro del imponente anfiteatro de cerca de tres millas que esta forma, como puede probarlo mi nombre escrito al lado del de Lucchesi en un árbol, en uno de los islotes, que recortan la inmensa cascada. Descendí por un camino abrupto sobre la pendiente de la costa argentina, y desde un escollo que surjía de las frementes aguas, gocé del estupendo panorama que la majestuosa caída del rio presenta desde abajo.

Habia dado órden para que el bote, subiendo el alto Paraná, fuera á esperarme en la barra del Iguazú, trayendo una canoa á remolque. La canoa tripulada por dos marineros y un indio fiel de Lucchesi tenia órden de remontar el Iguazú y venir á esperarme á cerca de una milla bajo el Salto: navegacion peligrosa y cansadora por cierto, dadas las violentísimas corrientadas, los remolinos y los escollos, pero no imposible, tanto mas cuanto que habia todo el tiempo necesario para efectuarla á *botador y á espía*.

Pero no hallé ni canoa, ni vestigios humanos.

¿Qué hacer?

Estaba andrajoso, no tenia víveres, muerto de cansancio y febriciente por el hambre y por el irritante veneno inyectádome en la sangre por terribles insectos.

¿Volver de nuevo á la selva, y abrir un pique con el machete para llegar al encuentro del Paraná? Era una tarea de otros cinco ó seis dias, y yo estaba demasiado estenuado. ¿Seguir por la costa? Pero ¿donde estaba la costa?

Yo no tengo memoria de un pasaje mas horrible, si no recurro con el pensamiento á los recuerdos de las ascensiones alpinas ó de las cacerías del *camoscio* que practiqué con la audacia imprudente de la adolescencia sobre las rocas abruptas de los Alpes piamonteses, suizos y saboyardos.

Y sin embargo era el camino mas breve, y tenia que adoptarlo por fuerza.

Para daros una idea de lo que es aquel camino, para apoyar con buenos testimonios mis aseveraciones, me serviré de la palabra de un ilustre explorador, mi queridísimo amigo Giacomo Bove, y de un notable escritor, el profesor Peyret, quienes pudieron verlo de cerca estando en una canoa.

Dice Bove: «A misurra che ci avanzavamo, il fiume andava sempre piú restringendosi, e sempre piú se raggomitolava. Le Sponde erano divinite Pareti alte una sestantina di metri, umide, brulle, difese ai loro piedi da una scarpa di immensi blocchi basaltici posti delicatamente l'uno sull'altro, come se una frotta di bambini giganti si fosse divertita con essi, come i nostri bambini si divertono coi giocattoli di Norimberga.»

Y el profesor Peyret en sus apreciables *Cartas sobre Misiones*, se expresa así:

«Las riberas no son mas que amontonamientos de pedazos enormes de piedras, de rocas colosales, tiradas confusamente una sobre otras, que deben haber rodado de la barranca en alguna convulsion de la naturaleza, ó haber sido arrastradas por la fuerza irresistible de las aguas. Aquello es un verdadero caos.»

Y mas abajo agrega:

«Qué camino horrible! No queda mas camino que las piedras y las rocas amontonadas una sobre otra, piedras de todos tamaños, de todas formas, de todas dimensiones. Diríase que los gigantes han dado allí una batalla.»

«Era preciso trepar, agarrarse de las anfractuosidades de las rocas, arrastrarse, deslizarse, introducirse en las concavidades, debajo de las bóvedas formadas por las piedras, asirse de las ramas para no caer, subir y bajar continuamente. Cualquier desliz nos exponía á

rompernos un miembro sino la cabeza, ó caer en el torrente que rujía á nuestros piés.

«Para pasar por allí es preciso ser cabra, gato montés ó explorador.»

Y como el óptimo profesor Peyret no era ninguna de estas tres cosas, sino simplemente un ilustre sabio, así él mismo confiesa, que, despues de haber probado este modo de caminar por un par de horas, en las cuales avanzó cerca de mil metros, cuando mas, y hallando un obstáculo insuperable, sufrió, como él mismo confiesa, las penas de Tántalo, . . . y describe el gran salto por el enorme rumor que de él sintió, y con los datos que le proveyó su guia Dutre, y la lectura del inmortal libro de Azara!

Oh! no crea el egregio señor Peyret que en mis palabras ó en mi pensamiento habia un asomo de burla. Oh! por el contrario, con qué ardiente deseo envidié su canoa, y sobre todo las buenas cajas de conservas alimenticias y las restauradoras botellas que llevaba dentro de ella! . . . En aquellos dos tremendos dias en que con un pesado é incómodo remington al hombro, que mil veces habria tirado al rio si hubiera sido mio y no prestado, con los piés ensangrentados, casi desnudo, y con un sol que abría las piedras, y con el estómago que ladraba, adelanté tres leguas, —digo tres leguas en dos dias de marcha, ó para mejor decir de gimnasia, por aquel desastroso camino!

Cuando mis fuerzas llegaron á su extremo, Lucchesi, noble corazon, y físico de bronce, me dejó con un indio sobre un banco de arena, y él con los otros dos indios continuó el descenso para venir mas tarde á mi encuentro con la canoa.

El dia que estuve allí descansando, el indio lo empleó en buscar miel en la selva que teníamos sobre nuestras cabezas. En mi libro de apuntes, bajo la fecha de aquel dia no encuentro otra cosa sino estas líneas suficientemente significativas:

«Esta noche tuve aun un poco de fiebre. Hoy va mucho mejor. Tengo hambre; y no tengo otra cosa sino un poco de miel en el cuerpo, y abejas (*eiratata*, abejas del fuego) que me muerden».

Repuesto en fuerzas por virtud de una lluvia torrencial, que me hizo el benéfico efecto de una ducha fría, continué el descenso, hasta que encontré, mucho antes de lo que lo esperaba, al buen Lucchesi con la canoa, pudiendo probar así la potente emoción de pasar sobre los remolinos traidores y la peligrosa voluptuosidad de pasar cuatro rápidas correderas, emoción poderosa que jamás olvidaré.

Cuando llegué á la barra del Ignazú, y puse el pié sobre la orilla brasilera, no estaba por cierto en un traje como para presentarme á dar una conferencia.

Por fortuna me dicen que D. Pedro es un emperador democrático, y creo que me disculpará haya entrado en calzoncillos y con los piés descalzos en sus estados, tanto mas cuanto que los numerosos mosquitos, de toda órden social, que aparte de los guerreros salvajes, tupis, son los únicos habitantes de aquellos lugares,—me hicieron festividades acogidas, dándome punzantes pruebas de su aprecio por mi persona.

Otra vez en mi bote á vela, comencé el viaje de descenso, y ayudado por las fuertes corrientes del alto Paraná, en cinco dias volví á ver á Posadas, que se me apareció como el Eden de todas las delicias.

Vuelto á Corrientes permanecí allí algunos dias para ver algunas plantaciones de los alrededores. En Corrientes tuve la rara fortuna de descubrir algunos documentos inéditos sobre Garibaldi. Los publicaré dentro de pocos dias, ilustrándolos con una monografía que intitularé : — Garibaldi : — Brown.

Pasé el gran Chaco Austral visitando la Colonia Resistencia. Me interné hasta el rio Saladillo á visitar la expedición del coronel ingeniero Host, que está explorando

y trazando un camino hasta Salta. Volví á Corrientes, descendí de nuevo el Paraná, y héme aquí de nuevo en Buenos Aires, despues de haber recorrido un itinerario de cerca de 400 leguas de ida y otras tantas de vuelta, sin contar las numerosas escursiones.

Ahora comprendereis, señores, que necesitaría no del espacio de una sino de diez conferencias, para contar todas las aventuras que me ocurrieron, para describir los territorios visitados, y para exponer todas las observaciones hechas en este viaje; comprendereis esto cuando penseis que mi viaje duró poco menos de tres meses, y que en ellos no hubo dia que no estuviera dedicado al estudio, no ahorrando incomodidad, molestia, ni fatiga para observar de cerca, y para que nada de lo interesante se me escapase.

He viajado en la estacion mas ardiente del año, sobre el rio, en un bote angosto, descubierto, espuesto al sol tórrido del dia, á los abundantes rocíos de la noche; por tierra, á caballo, á mula, á pié, á guado, segun lo permitía la naturaleza del terreno. Fué mi lecho la tierra desnuda, fué mi tienda el firmamento: no puedo alabarme de haber comido todos los dias, salvo que se me quieran computar como dias de banquete, aquellos en que me alimenté con miel silvestre, con cabezas de palma, ó á veces con lombrices *tambú*.

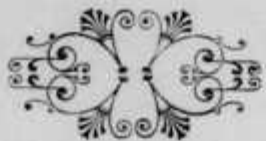
No puedo decir que he empleado mal mi tiempo, ni que no he cosechado ningun fruto, puesto que tengo cinco gruesos cuadernos de anotaciones tomadas dia por dia, que me darán el material para la parte del libro que consagraré al territorio de Misiones, y que desde ahora puedo poner á disposicion de aquellos que tengan intencion de intentar algo útil y serio para la prosperidad de aquel fecundo país.

Si yo quisiera desarrollaros aquí todo este material, mañana de mañana estaríamos aún aquí, yo sin aliento y vosotros anegados en sudor.

Puesto en la alternativa de hacerme atenacear por los críticos, los que dirán que apenas he desflorado el argumento, ó de abusar de vuestra cortés atención, prefiero afrontar á los críticos. El látigo del crítico lo he empleado tantas veces por el mango, que ahora bien puedo experimentar en mis espaldas por la punta!

Diré, pues, brevemente y á saltos, algo sobre Misiones, como el sumario de la conferencia lo indica.

Seré breve. Valga esta promesa para conciliarme aún un poco de vuestra paciencia.



SEGUNDA PARTE



SUMARIO—El territorio de Misiones—Lo que fué, lo que es, lo que puede ser—Las Bajas Misiones—El verdadero Eldorado—Las maravillas de la Tierra Prometida—Posadas y las antiguas reducciones jesuíticas—Las Altas Misiones—El alto Paraná—Yerbales y yerbadores—Los misterios de las selvas vírgenes—La vida de los bosques—El gran Salto de la Victoria—El río Iguazú—Los *pionneers* de la civilización—Los dramas de las exploraciones—El Robinson de las florestas misioneras—Una terrible aventura—Entre la vida y la muerte—La tribu de los maracayú—El cacique de los Caingú—Civilización y barbarie—Conclusion—Consejos y votos—Las visiones del Paraná.

DESPUES de haber conocido un país de cerca, es bello confrontar la impresion recibida de la realidad con la idea que del mismo país se formaba la imaginacion antes de haberlo visitado.

Veamos cómo se me aparecieron las Misiones á través de las lecturas.

Habia leído en Alejo Peyret: « Todo allí está preparado (para el mas espléndido porvenir). Tierra fertilísima, bosques inmensos, obras preciosas, maderas variadas é inagotables, arroyos y vertientes numerosos, pastos abundantes en toda estacion, yerbales vírgenes y sin fin, clima inmejorable, ausencia de plagas y epidemias, la vecindad de los pueblos del Brasil,—los cuales consumirían sus productos —puede decirse que nada comparable posee el país para

realizar con menos costo la mas grande y poderosa colonización que pudiera emprender el Gobierno Nacional.»

Y Ramon Lista dice:

«Ningun país mas naturalmente preparado para la colonización que las Misiones. A las grandes arterias hidrográficas que lo riegan, agrégase la bondad del clima, y la imponderable fecundidad de su suelo, donde brota el algodónero, el arroz, el café y el tabaco.....

.....
Todo lo posee Misiones: maderas de construcción y de ebanistería, plantas tintóreas y medicinales como el *curupai*, el añil, la quasia, el vinal y la zarzaparrilla, resinas y vegetales textiles como el ñandopá y el estoraque, el algodónero, la ortiga gigante, el güembé y el caraguatá; estensos yerbales; metales como el cobre y el hierro; abundante y riquísimo pescado en todos sus rios, y en sus selvas, animales muy estimados por su hermosura.»

El señor Del Vasco dice :

«Los favores que la naturaleza ha prodigado al jardín de Europa,

Che il capo in Alpi posa
E stende all'Etna il pié,

Misiones los tiene todos.

Con Italia comparte el aire salubre, el espléndido cielo y la temperatura de Nápoles, las llanuras lombardas, las colinas de Brianza, las sierras Etruscas, los naranjales de Sicilia, las aguas cristalinas de sus frecuentes arroyos, la furia de sus torrentes, la magestuosidad de sus rios y la fertilidad de sus tierras.»

Martin de Moussy dice, en sustancia, que es un país del cual basta decir la verdad para incurrir en la hipóbole.

Ahora bien, no solo la idea preventiva que me habia

formado de Misiones no fué modificada por mí en presencia de la realidad, sino superada, si esto es posible.

•••

Los límites de una conferencia me impiden tocar, siquiera sea de paso, en la riqueza de las tradiciones históricas, en la singularidad de las costumbres, en las naturales bellezas de los paisajes.

Una sola cosa tengo fija en la mente, y me preocupa y me asombra: es la fertilidad del suelo.

Pienso desde ya en qué serio embarazo me hallaré cuando deberé contar lo que ví á tal respecto: me preocupo desde ya del modo cómo podré vencer la incredulidad contra la cual deberé luchar.

Y en verdad, cómo podré hacerme creer en mi país, donde la vid fructifica recién despues del quinto año, que he visto con mis propios ojos uva, pendiente de los sarmientos plantados un mes antes, que ví colgar uva de las ramas ingertadas, hacia un mes, que de un solo pié de vid se recogieron veinte arrobas de uva, que la viña fructifica abundantemente dos veces por año, que he visto en Posadas un huerto plantado de uvas no mas grande que la platea de este teatro, del que su dueño, un francés, habia recogido en un año unos tres mil francos de vino, sin contar el producido de los estupendos ananás, de las bananas, de los duraznos y de las soberbias legumbres plantadas en una huertita vecina ?

¿Quién me creará cuando diga que he visto mandioca de mas de tres metros de alto ?

¿Quién me creará, cuando diga que del suelo de Misiones se obtuvieron batatas de treinta libras, que los tomates y agies son plantas perennes que dan todo el año?

¿Quién me dará fe cuando diga que la caña de azúcar y

el arroz se cultivan allí sin necesidad de irrigación, dados los abundantes rocíos de la noche? Que vi matas de las cuales se levantaban hasta 30 gruesas cañas de azúcar, que dos libras de maíz sembrado produjeron quince arrobas? Que un *alquer* ó sea 64 libras de maíz dan un producto de 800 á 1000 arrobas?

¿Qué una hectárea plantada de caña, rinde, término medio, quince mil arrobas?

¿Qué el maíz da dos cosechas por año?

¿Qué los porotos dan tres cosechas por año?

¿Qué el arroz á los cuatro meses de sembrado ya se recoge, y que despues de cortada la primera cosecha, la misma planta produce en el año por segunda vez?

La gente del país tiene un solo adjetivo para significar la feracidad de su suelo: dicen: *asombrosa!*

He visto propietarios espantarse al hacer los presupuestos de sus plantaciones, porque daban un resultado asombroso.

Cuando diré todo esto, y otras cosas mas, incurriré en la suerte que les cupo á los judíos que volvieron de la exploración de la Tierra Prometida, que no fueron creídos hasta tanto no trajeron el famoso racimo de uva que encorbaba las espaldas á dos hombres, lo que no puedo explicarme diversamente sino suponiendo que los dos portadores fueran ya jorobados por naturaleza.

Yo no he traído el racimo, ante todo, porque no he hallado á los dos jorobados, y despues por temor de que los empleados me lo comieran por el camino. . . ¡con estos calores!>.....

Pero Misiones no está lejos como la Tierra Prometida: y cualquiera puede con toda facilidad controlar la veracidad de mis asertos con un pequeño viaje que le será útil bajo todo concepto, ameno é instructivo.

••

Y sin embargo, ¿quién diría? con tanta feracidad de suelo por todos reconocida, hay que hacer empeños en Posadas para tener un poco de fruta ó un poco de verdura?

¿Cómo se explica esto?

Antes que todo, los indígenas guarany son ignorantes é indolentes. Cuando tienen una raíz de mandioca y algunas docenas de naranjas silvestres que hallan gratuitamente en la selva, no piden más.

En segundo lugar, la colonia inteligente de Posadas, compuesta de argentinos, de brasileros, de paraguayos, de orientales y de europeos, entre los cuales hay doscientos italianos, está toda dedicada al comercio, siendo Posadas el gran emporio de la yerba mate, que baja de la parte oriental del Paraguay, de una parte del Brasil y de las Altas Misiones.

Por último, aquellos que tuvieran la buena intención de cultivar, no hallan absolutamente brazos de agricultores.

He conocido un mediocre horticultor piamontés, cuyo trabajo es tan buscado y disputado, que gana mas que un abogado en alguna ciudad de Europa.

••

Y sin embargo este estado de cosas tiene que cesar; el gran secreto del porvenir de Misiones está en la agricultura. Es merced á la agricultura que Misiones está destinada á probar que el famoso Eldorado, detrás del cual corrió la fantasía de los primeros descubridores, no es una quimera, y esto renovando sobre vasto terreno la moral de la fábula que por cierto conocéis.

No recordais la fábula del padre que, viendo cerca-

na la muerte, llamó á su lecho á sus hijos? Él les dijo: «Hijos míos, no os dejo mas que un campo, pero dentro de ese campo hay un tesoro, con tal que sepais hallarlo.» Muerto el padre, los hijos removieron tantas veces el campo con la azada para descubrir el inencontrable oro, que el campo dió un producto inmenso: y así comprendieron toda la finura del testamento paterno.

Tanto mas Misiones debe dirigirse á la agricultura, cuanto que el comercio de la yerba, por múltiples causas, vá cada año disminuyendo y pereciendo.

•••

Posadas, que gracias á su estupenda posición está destinada á un inmenso porvenir, es un milagro de iniciativa privada.

Oh! ¿por qué no me es dado narraros aquí sus orígenes? Deciros como lo que quince años atrás era un bosque salvaje, es ahora un centro animado de cerca seis mil habitantes?

Oh! ¿por qué no me es dado describiros la lucha curiosa que se combate allí diariamente, entre la civilización que se adelanta con sus ventajas y sus molestias, y la barbarie que se aleja con sus inconvenientes, pero también con sus queridas libertades?

Oh! ¿por qué no me es dado deciros aquí qué alegre pequeña ciudad es Posadas?

Figuraos que hasta hay un teatro seguro y yo fui á él. Había un teatro con sus respectivos palcos. Pero faltaban, ¿sabeis qué? . . . las sillas! Y cada uno de los espectadores estaba obligado á traer de su casa su silla, y llevársela otra vez, concluida la función! Figuraos qué bello y original espectáculo á

la salida del teatro, ver á un señor, de una parte dar el brazo á su señora y de la otra llevar de *bracero* una silla! . . .

•••

Cuando os hablo de posibilidad de colonización europea y de los resultados asombrosos que se obtendrían, entiendo hablar siempre de las Bajas Misiones.

Para evitar aparentes contradicciones, como se hallan en otros escritores, para evitar fatales errores, es necesario hacer una profunda distinción.

Colonizables, esto es, habitables para extranjeros, y susceptibles de fácil y pronto cultivo solo lo son las Bajas Misiones, esto es, los territorios que desde el río Ytambé, se extiende hasta el río Ñacanguazú, es decir, el terreno en que existían las antiguas reducciones jesuíticas, terreno rico de campos de pastoreo, diseminado aquí y allá de penetrables manchas de bosques ricos de maderas preciosas.

Las Altas Misiones del Ñacanguazú al Iguazú, constituyen aquella inmensa, espesa, impenetrable extensión de selvas vírgenes, que los jesuitas pusieron de por medio entre sus nuevas colonias correntinas y sus perseguidores Paulistas y Mamelucos, cuando fueron arrojados de la Guaira.

En aquellas selvas interminables no hallareis un cuadrado de terreno raso sobre el cual se pueda acostarse un buey ó un caballo. Allí la humedad de los bosques genera fácilmente las fiebres. Allí los mosquitos no son ya una molestia sino una tortura.

Allí se van las ures, terribles moscas que deponen sus huevos en la epidermis, desarrollando moscas entre la carne y la piel, y dando lugar á inflamaciones inimaginables.

Allí están los piques que escavan pequeñas galerías en la planta de los piés, produciendo algunas veces el tétano y por consiguiente la muerte.

Allí están en bandadas los audaces beriguy, que mor-diendo, inyectan un veneno inflamador.

Allí se ven los jejenes, los carachay, que se alternan con aquellos en las diversas horas del día.

En el crepúsculo y en la aurora, nubes de polvori-nes, tanto mas encarnizados y molestos cuanto mas pequeños.

De noche los mosquitos, propiamente dichos, que no muerden sino molestan zumbando, y los biguy, que no zumban pero que vice-versa muerden.

No hablo de las serpientes y de las víboras vene-nosas.

No de los fáciles encuentros con los tigres y otros animales, sino feroces, temibles cuando toman de sor-presa.

Pero el obstáculo mas serio es el que opone la fuer-za de la vegetacion. La lucha del hacha y del mache-te contra ella tiene que ser continua. Para fabricar el rancho, para hacer una plantacion, es necesario desmon-tar, es decir, destruir la vegetacion forestal, y formar lo que allí llaman un rosado. Ahora bien, despues de dos meses el terreno limpiado vuelve á poblarse de exhuberantes arbustos: á los seis meses ya necesita de nuevo el hacha, sino se ha tenido el cuidado de lim-piarlo de tiempo en tiempo.

•••

Francamente, yo creeria cometer un delito, si, en el estado actual de las cosas me propusiera invitar á mis compatriotas á que colonizáran las Altas Misiones, ó

incitára á los grandes capitales á fundirse en hipotéti-cas especulaciones.

Por el momento, lo digo con toda sinceridad, yo no envidio á los grandes propietarios de centenares de le-guas en aquellos remotos parajes, tanto mas cuanto que las propiedades fueron distribuidas sobre mapas com-pletamente imaginarios, no habiendo sido exploradas aquellas inmensas selvas; y el día que se procediera á la mensura de aquellos terrenos, estoy seguro que mu-chos se quedarían con un puñado de moscas, puesto que se ha de haber vendido ó cedido muchas mas le-guas de las que existen.

Lo mas curioso es que los mismos propietarios, que en su mayor parte no se han movido nunca de Buenos Aires, no saben siquiera de qué naturaleza son sus famosas tierras.

Sé de uno que escribió á su agente en Posadas, pi-diéndole le indicára el presupuesto para introducir la cria de las cabras en sus posiciones de las Altas Misio-nes. El agente, ex-yerbatero, que no deja de ser hom-bre espiritual, le contestó, que la única calidad de ca-bras que podían criarse en las Altas Misiones, eran los monos.

A otro que preguntaba, si se podían poblar los *cam-pos*, notad bien, los *campos* de las Altas Misiones con vacas, contestó: «Sí, con tal que las vacas tengan alas!»

Oh! seria necesario que esos señores se incomodaran, y fueran allá á visitar sus bienes

¿Visitar sus bienes?

Pero ¿cómo penetrar á ellos?

Este es el *basilis*.

Puesto que apenas habeis bajado del bote y puesto el pié sobre la arena, os hallais frente á una inmensa, interminable muralla impenetrable:—la selva virgen.

La selva virgen!

¿Quereis qué penetremos en ella?

¿Estais prontos á renunciar á todas las comodidades á que os ha acostumbrado la civilizacion, á nutriros exclusivamente de lo que os dé el bosque, á volver á lo que eran nuestros antiquísimos padres, salvajes, ó si mejor os place, monos? ¿Estais preparados á todo género de peligros y privaciones? ¿Estais aguerridos contra las intemperies? Teneis el pulso robusto y los músculos de acero, el cuerpo elástico y probada resistencia á las fatigas?

Pues bien, coraje! Tomad vos el hacha, tomad vos el fusil..... vos que caminais el primero, tomad la brújula.....

Arriba todos! armad vuestra mano del tajante machete!.....

Tenemos tres enemigos que combatir, tenemos tres selvas en la misma selva; la vegetacion arbórea, secular, gigantesca, de la que hay que jirar á su alrededor ó abatirla con el hacha;—los árboles jóvenes, los arbustos, los cañaverales, las malezas, las lianas entrelazadas y colgantes, contra las cuales debemos usar el machete; tenemos finalmente los gigantescos herbáceos, las plantas lacustres de los bajos fondos, el *cresimal cerrado* en los lugares húmedos, las plantas grasas punzantes, las hojas tajantes, que nos envuelven á cada momento, que nos cierran el camino y nos condenan á cada paso á hacer el movimiento de quien asciende un enorme peldaño de una interminable escalera.

Es una gimnasia continua de los brazos, de las piernas, de la cabeza, del dorso.

Aquí, os veis obligados á dar un salto para pasar por

sobre un colosal árbol caído por decrepitud, que os intercepta el camino: allá, á deslizaros como una vívora: aquí, el pié se hunde, allá tropieza: ahora os hallais con un tronco estendido á lo largo, que estais forzados á pasar en equilibrio, con el fusil llevado á modo de balancin, como los bailarines de cuerda!

Finalmente habeis hallado un pequeño espacio abierto, casi limpio; aprovechais de él para acelerar el paso, cuando hé aquí que una liana traidora os envuelve el cuello: Zás! un machetazo! El golpe de machete hace que la liana se deslice por vuestro cuello, y os deja en él un collar sanguinolento; sobre él cae el polvo menudo de los árboles sacudidos por el machete, lo que hace acrecentar la delicia!.....

Si caminais adelante, doble trabajo, doble fatiga, y la responsabilidad de la direccion: si caminais detrás del primer picador, las cañas y ramas cortadas, á modo de plumas, os entran traidoramente en las carnes, como lanzas en ristre, enmascaradas por los follajes, y aunque retireis hácia atrás el cuerpo á la primera embestida, sacais siempre una mancha negra por equimosis.

He aquí otro tronco gigante de árbol caído malamente al sesgo, mitad colgante, mitad en tierra, que os interrumpe el paso. Salvarlo? No; se puede pasar por debajo en cuatro patas.

De súbito os sentís tirar por la espalda. Creéis que es un viejo acreedor; os volveis con inquietud. El acreedor no os deja andar, y entonces le pagais con un robusto golpe de machete, dado hácia atrás, con el cual poco falta para heriros á vos mismo.

Aquí un espeso cañaveral, por entremedio del cual se vé que ya ha pasado un animal grande, os presenta un pequeño túnel. Os internais en él con la espalda encorvada por varios minutos, hasta que sentís la música crugiente de las ramas que se deslizan por vuestro

dorso La música cesa Oh! podeis enderezaros y levantar los ojos

Alzais los ojos y un palito agudo os embiste y poco falta para que perdais un ojo

Adelante, *pionneer*, siempre adelante!

Y hé aquí que el bosque se clarea, hé aquí un andrajo de cielo descubierto Ah! caminaremos mas libre y rápidamente! No, señores, porque la escasez de grandes árboles, á causa de la mas activa y directa accion del sol, ha dado mayor desarrollo á las pequeñas vegetaciones!

Y entretanto, el sudor ardiente os ciega los ojos, y corre sobre las heridas de los mosquitos como gotas de fuego.

Un profundo y caudaloso torrente os trunca brusca-mente el camino.

¿Qué hacer?

Se derrumba con el hacha un árbol vecino á la orilla, de modo que la punta caiga sobre la orilla opuesta, y el grueso del tronco quede de este lado. El puente ya está improvisado.

Se pasa por él triunfalmente!

Y adelante! adelante!

El bosque se ralea otra vez. Una anchísima corona de cielo se descubre.

¿Será el límite de la selva?

No; es una laguna. Se jira á su alrededor, se sondea donde el fondo no sea traidor, puesto que el pantano tambien podria tragaros Se jira, se jira, se cortan cuerdas de arco para enganchar

Zapato bajo? . . . Hay el peligro de las víboras! . .

Botas altas? Se llenan de agua y pesan como el plomo!

El fusil, que al principio era simplemente incómodo, ahora parece haberse convertido en un cañon de 100 toneladas!

El machete se desploma sin cortar creéis que ha perdido el filo no, el filo está todavia en muy buen estado: es el brazo el que ya no tiene vigor son las piernas las que ya no pueden levantarse!

El sol declina se ha marchado todo el dia ¿Habremos andado mucho camino—Sí; una legua; Solo una legua! . . . y haber caminado tanto, y haber trabajado tanto! . . . Bueno, ahora descansaremos: aquí hay un lugar á propósito para hacer nuestro pequeño vivac. Hay un fresco arroyuelo que se vuelca con dulce rumor á nuestro lado.

Ahora, ved que cortesía! ya los habitantes del lugar, abejas, mosquitos y hormigas, como buenos huéspedes, vienen á darnos la bienvenida, á hacernos compañía y á refrescar las punzadas que el sudor habia lavado y cicatrizado! . . .

Os recostais para descansar . . .

¿Qué hay?

El indio que os acompaña os grita, espantado, que os levanteis. Ha descubierto una enorme serpiente que os mira con los ojos llameantes!—Arriba de pié!

El cansancio ha pasado como por arte de encanto. Se afila un palo á modo de orquilla, se asesta bien el golpe, y se pincha en el medio del cuerpo del peligroso reptil, que se retuerce y lanza espantosamente hácia adelante la cabeza, moviendo en toda direccion su terrible lengua de saeta, que parece la lanceta de un cirujano . . . , y que cirujano! Es un cirujano que da la muerte con el bálsamo que derrama sobre la herida! . . .

Ahora un buen golpe de machete! . . . Pero cuidado, por caridad, no corteis demasiado debajo de la cabeza. Ha habido caso, dice el indio, «en que la vívora ha lanzado la cabeza tronchada contra el rostro del hombre . . .»

Será una fábula vulgar y tonta, pero . . . quién sabe? bien pudiera suceder . . .

Así!... eso es. . por el lomo... así... Respiramos!
Ahora podemos descansar!

No, señores. . . porque donde hay una serpiente siempre se hallan otras!....

Entonces, otra vez mano al machete!.... A buscar otro lugar mas seguro!....

Mientras tanto el hambre punza.

A propósito, qué comemos esta noche?

E qui comincian le dolenti note!

.....

•••

Pero es absolutamente imposible que continúe en esta descripción, aunque sintética, puesto que tendría millares de impresiones que referir; y no me quedaria tiempo para desarrollar otros puntos del programa.

Esta vida, señores, la he llevado solo durante diez días, que me parecieron bien largos!.... Y eso, que yo hice mi aprendizaje en Africa!....

Pero, ¿qué decir de esos *pionneers*, hijos de la civilización europea, que de muchos años atrás viven en las selvas, atraídos y encadenados por ese instinto de libertad, de esa sed de lo desconocido, de aquel deseo de vida aventurera, que hace que viviendo apartados de la civilización, preparan inconscientemente la vía a la civilización?

Pronto está dicho lo que de ellos se dice: se dice que son locos!....

Oh! que gloriosa pléyade de locos atraviesa la humanidad!

Uno nace con el instinto de la poesía, y mientras escucha el lenguaje de las musas, tropieza con las realidades

de la vida. . . y el mundo lo apellida loco: pero ese loco se llama Shakespeare, se llama Dante Alighieri!

Uno nace con el instinto de las matemáticas y mientras, pobre y solitario, se abstrae en el cálculo sublime, el negociante que con el solo uso de la adición, ó á veces solamente de la sustracción, se enriquece, le llama loco: pero el nombre de ese loco es Pitágoras, es Plana!

Uno nace con el instinto de la astronomía, y mientras tiene los ojos levantados al firmamento, olvida los bienes de la tierra: el mundo lo proclama loco, pero ese loco se llama Galileo Galilei!

Uno nace con el humanitario instinto de la medicina, y mientras se encierra en su gabinete para arrancar á la naturaleza el secreto de nuevos remedios, sus colegas, que de los dolores humanos hacen escalera para su riqueza, lo burlan como á un loco: pero ese loco se llama Jenner!

Un loco muere pobre regalando un hemisferio á otro hemisferio: pero ese loco se llama Cristóbal Colon.

Un loco muere sobre un jergon de paja, en una bohardilla, legando al mundo los principios de una ciencia nueva: pero ese loco se llama Juan Bautista Vico.

Un escuadron de locos abandonan la familia, los intereses, los honores, y dejan sus huesos blanqueando en los desiertos africanos: pero esos locos se llaman Livingstone, Piaggia, Gessi, Antinori, Bianchi, Mateucci!

Estos son los grandes locos de chaleco, ante quienes la humanidad se inclina y á quienes la posteridad erige estatuas!

Hay locos menores. A ellos se debe que el mundo camina.

Volvamos á la selva.

Tambien allí quiero haceros conocer locos. Voy á presentaros uno: el mas impenitente: Adam Lucchesi.

Es un hombre simpático, altivo, nervudo, que apenas pasa los treinta años.

Partido á los quince años de la casa paterna, vino á encerrarse en las selvas americanas; no conoce de la Europa sino el pueblito de la provincia de Lucca en que ha nacido.

Encerrado por su padre en un seminario y destinado á la vida eclesiástica, manifestaba desde entonces sus instintos de viagero, privándose de todo pequeño placer, economizando su peculio y empleándolo en comprar libros de viages que leía á hurtadillas.

Usaba hasta de la argucia de poner clavos en vez de sueldos en el cofrecito de las ánimas del purgatorio, para no disminuir su peculio, destinado exclusivamente á satisfacer su pasión de leer.

Esta fué la causa por que se le expulsó del seminario.

Llegado á América, casi sin medios, siguiendo su espíritu aventurero, se internó en las selvas brasileras, paraguayas, argentinas, dedicándose á la vida del explorador, enriqueciendo á los demás con el descubrimiento de riquísimos yerbales, sin guardar nada por sí, puesto que no aprecia el dinero, y no se ocupa de los intereses, (como lo prueba el hecho de haber cedido á su madre, su parte hereditaria de treinta mil francos), realizando difícilísimas exploraciones, como la de los Marecayú, de las selvas de Curitiba, del rio Acaray, abriendo picadas de internacional importancia, como la de Campo Eré, y siempre sin pedir para sí una partícula de gloria.

A este respecto su modo de pensar está explicado en el epígrafe que antepuso en su diario de la expedición

al Campo Eré, publicado en parte por Peyret. El epígrafe es el siguiente: «Aunque la mayor parte de los hombres lo ignore, es agradable trabajar para la humanidad.»

Su noble orgullo de debérselo todo á sí mismo y á su propio trabajo, está impreso en la bandera que flamea sobre su solitario rancho, en la costa del Alto Paraná, y que adoptó como símbolo heráldico:—*una hacha y un machete.*

Cuando baja á Posadas, Lucchesi se halla en la sociedad como un pez fuera del agua. Él, ese soberbio rey de la selva, es tímido, está turbado, especialmente con las mujeres, sobre las cuales tiene ideas completamente infantiles.

Puede decirse que no conoce á la mujer europea, sino por los retratos en las cajas de fósforos. Tiene aspiraciones sentimentales. Pobre Lucchesi, si tuviera que hacer una declaración tal como él lo entiende y ofrecer un corazón y una cabaña á ciertas señoras de mi relación!.....

Una vez me decía confidencialmente en un momento de melancólico desencanto:

—Las mujeres no saben que hacerse de mí—Algunas veces he ido á aquella toldería de salvajes de levita que se llama Posadas, y no me he hallado bien en ella.

Yo soy un salvaje que no he hecho mas que alguna exploración en el mundo civilizado, y sé lo que es la mujer. Las mujeres escuchan con mayor gusto á un jovencito almidonado en la camisa y reblandecido en los huesos que el hablar sincero de los hombres de corazón!.....

Y sin embargo, á un hombre como Lucchesi, las mujeres debieran esparcirle flores por donde pasa.

Por desgracia no brotan flores en el camino del hombre que se entrega á una áspera misión sobre la tier-

ra: ni la sonrisa de la mujer ilumina el severo horizonte del explorador, ya sea explorador en el campo de la ciencia, en el campo del arte ó en el campo de la naturaleza!

Un poeta silvestre, aquel mismo que cantó la yerba, escribió una oda á Lucchesi.

La esculpió grosera, pero veridicamente en estos versos, que bien pueden ser robados:

Con su corazon de niño
y su aliento de gigante!

••

La vida de Lucchesi es todo un romance: un romance noble y terrible, lleno de acciones generosas y de épicas aventuras. Esta me dará una de las mas interesantes páginas para mi libro.

Cuando escribí el sumario de esta conferencia, imponiéndome el ingrato é improbo trabajo de restringirlo todo, de comprimirlo todo, de rozar sobre todo, creía que me hubiera quedado tiempo y espacio para narrar alguna de las notables aventuras de este Robinson de las selvas misioneras.

Me proponia narrar por lo menos la mas conocida, y además la mas tremenda: aquella que le ocurrió, cuando, despues de un mes de navegacion, de exploracion sobre el rio Acaray, tripulando una canoa, con solo un peón indio, un perro, un fusil, un machete y un hacha, se halló de improviso envuelto por impetuosisima corriente, que despues de haberle buscado la canoa, lo arrastró hasta el borde del abismo en que el rio, formando una enorme catarata, se precipita de una altura de cerca de 30 metros.

Narrar el modo milagroso como se salvó; narrar con que audacia salvó al indio enloquecido de terror: narrar como, aferrado á la orilla, despues de haber luchado desde las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde contra la corriente; narrar como, sin armas, sin machete, sin hacha, desnudo, vivió durante ocho dias arrastrándose en la selva y despues á lo largo de la orilla del Alto Paraná, hasta Tacurupucú, no es cosa que pueda hacerlo en menos de media hora, que por cierto no estais dispuestos á acordarme, ni yo me siento con el coraje de estropear y sacrificar, restringiéndola, ahogándola, como he hecho con lo demás, una historia tan potentemente dramática, en la cual cada paso es una aventura que supera á las mas imaginativas creaciones de las novelas, en la cual cada detalle es por sí solo un drama que hace estremecer.

Y así estoy obligado á renunciar á describiros algunos de los mas curiosos hechos que le ocurrieron en la atrevida exploracion de las tribus Marecayú.

••

Pero Adam Lucchesi, no es solamente el hombre de las aventuras: no es solamente el hombre de las audaces exploraciones.

Es tambien el hombre del trabajo rudo y perseverante.

A la cabeza de sus peones indios, de quienes se hace temer y obedecer con su resolucion, se hace respetar con la superioridad de su inteligencia y de su atlética fuerza, se hace amar con su bondad, y á quienes dá el ejemplo de la sobriedad, de la templanza y del trabajo, explota yerbales descubiertos por él—que le dan por otra parte poco provecho, á causa de la escasez de ca-

pitales, y la decadencia del comercio de la yerba;—y cultiva pequeñas áreas de tierra sobre la despoblada y salvaje orilla del Alto Paraná.

Cansado de su vida nómada, él—que huye de las comodidades y de los beneficios de la civilización, amante, como es, de la vida libre de los bosques, y aclimatado á aquellas inclementes regiones,—él sueña ahora con otro modesto, cuanto noble ideal.

Su ideal es poseer un pedazo de tierra de su propiedad, del que nadie tenga derecho de arrojárselo, y agrupar á su alrededor á los indios nómades que infestan las orillas del Alto Paraná, haciendo que tomen amor á la vida estable de la familia y amaestrándolos en la agricultura.

Y sin embargo, doloroso es decirlo!..... con tantos y tantos centenares de leguas cuadradas que existen en las Altas Misiones, Adam Lucchesi no tiene un cuadrado de tierra, en que pueda levantar una casa que pueda llamar suya.

Sobre un terreno que por ahora no tiene valor ninguno, por sí mismo, pero que únicamente puede adquirir algún valor para aquel, que con una lucha perseverante contra todo género de obstáculos, dificultades, de peligros, de molestias, con sacrificio de su persona, con áspero trabajo, consiga arrancarle un fruto, hay propietarios que se alaban de poseer, y poseen en efecto títulos legales, derechos, y que no pudiendo sacar por sí propios un centavo de sus tierras, impiden también que otros saquen el más mínimo provecho.

De donde resulta que los pocos animosos yerbateros, los trabajadores de maderas, que habían en algunos puntos levantado un rancho, haciéndolo centro de una pequeña plantación, amenazados de verse de un momento á otro arrojados y despojados de un producto que es esciusivamente fruto de su propio trabajo, abando-

nan la costa argentina, dejan que el rancho se caiga, dejan que la selva virgen se cierre de nuevo allí donde su mano inteligente había dado los primeros ataques de la civilización contra el salvajismo, y van á habitar y á atraer población de peones, ya sobre las más hospitalarias orillas paraguayas, ya sobre las costas del Brasil, que más astuto, con leyes bastante ventajosas para el colono *pionneur*, ofrece apoyo y terrenos gratuitamente.

Y fué este uno de los espectáculos que me oprimieron el corazón, navegando por el Alto Paraná, el ver las huellas de este éxodo que aleja cada vez más ese porvenir en que también las Altas Misiones deben dar abundante contingente de riqueza al país!

¿Por qué el Gobierno no interviene, para que los propietarios no continúen haciendo el mal común sin ventajas para sí mismos?

¿Por qué no obtiene del reconocido patriotismo del más grande propietario de las Altas Misiones la cesión de una punta de terreno, tres ó cuatro leguas bastarían, para establecer en ella una colonia de indígenas de aquellos que ahora vagan sin domicilio estable, agrupándolos alrededor de alguna persona que, aclimatada á aquellos lugares, conocedora de las cualidades buenas y malas de aquellos silvestres habitantes, sepa al mismo tiempo hacerse obedecer y amar?

Puedo indicar un lugar á propósito. La punta que presenta el territorio argentino entre el Alto Paraná y la Barra del Iguazú. Y aun más; no comprendo con qué criterio deja el gobierno que un punto estratégico como aquel, que es límite de tres Estados y domina comercial y militarmente el pasaje del Paraná y las costas brasilera y paraguaya, esté en poder de un ciudadano.

Lo repito. En el estado en que se hallan actualmente las altas Misiones, sería un engaño para los capita-

listas, sería un engaño para los trabajadores, atraer allí inmigración europea.

En vez del soñado Eldorado hallarían un cementerio.

Las primeras luchas contra las asperezas de la naturaleza, deberían ser sostenidas por los indígenas.

Un primer centro de población indígena en la Barra del Iguazú, atraería movimiento sobre el río Alto Paraná, animaría el comercio de Posadas, procuraría un manantial directo de riqueza al país, y valorizaría poco a poco los terrenos circunvecinos, con evidente provecho de los propietarios.

Un gobierno previsor debería establecer al mismo tiempo un embrión de colonia en la Barra del Piray, punto del cual comienza la grandiosa picada de Campo-Eré que pone en comunicación con el Brasil, del que podrían venir brazos, y establecerse comercio. Al mismo tiempo, un fuerte impulso dado a la colonización del fertilísimo territorio de las Bajas Misiones, haría que la población europea, por fuerza de elasticidad, se estendería poco a poco hacia arriba.

Las poblaciones indígenas del Iguazú y del Piray bajarían hasta confundirse en un abrazo civil, dando lugar al mismo tiempo a provechosos intercambios.



El problema de Misiones es complejo y debe ser resuelto por fuerzas complejas, tendentes sin embargo a una unidad de programa, animada de unidad de miras.

Aplicar a Misiones la ley común de tierras y colonias sería no solo un error sino una cosa imposible, como puedo probar dónde y cuándo sea oportuno.

Así también los esfuerzos aislados, aunque hechos con lógica preparación, fracasarían.

¿A qué conduciría fomentar el comercio sin fomentar la producción? Cómo es posible el comercio sin productos!

¿A qué conduciría fomentar la producción sin preocuparse del comercio? De qué sirven los productos sino hay mercados donde venderlos?

Favorecer el comercio y no estimular la navegación, abrir nuevas vías, aumentar los medios de transporte, sería obra inútil.

Como también sería obra insana establecer líneas sin contemporáneamente no se piense en que aumente la población, se multipliquen los productos, acrezca el consumo, se aviva el comercio.

Repito otra vez que si el gobierno, si algún particular tiene intenciones serias de hacer algo por el porvenir de Misiones, me será grato poner a su disposición desde ahora el no escaso capital de datos positivos y de conocimientos que he recogido sobre el terreno.

Declamar, ya se ha declamado bastante: escribir, se ha escrito mucho. De hoy en más hasta los sordos, hasta los ciegos saben que Misiones es una de las más preciosas joyas de la diadema Argentina.

Lo que ahora se necesitan son hechos: iniciativa privada bien inspirada, múltiple, concorde: acción benéfica del gobierno.



Solamente así también las Misiones, las tan injustamente olvidadas Misiones, concurrirán a realizar en un porvenir no lejano el hermoso sueño de Miguel Cané con cuyas palabras, a las que me asocio de corazón, pláceme cerrar esta conferencia:

« En mis momentos de duda amarga, cuando mis faros

simpáticos se oscurecen, cuando la corrupcion yankee me subleva el corazón, ó la demagogia de media calle me enluta el espíritu en París, reposo en una confianza, y me dejo adormecer por la suave vision del porvenir de la América del Sur: paréceme que allí brillará de nuevo el genio latino rejuvenecido, el que recogió la herencia del arte en Grecia, de Gobierno en Roma, del que tantas cosas grandes ha hecho en el mundo, que ha fatigado la historia!»

Yo, cuando lei estas líneas de Miguel Cané, me hallaba sentado sobre una piedra, en uno de los mas hermosos golfos formados por el Alto Paraná.

En el aislamiento solemne de un rio que pudiera ser recorrido por flotas, y no es atravesado sino por algunas canoas silenciosas y traidoras como es silencioso y traidor el paso del indio, entre dos compactos muros de interminables selvas en que reina la soledad, y que podrian dar asilo y bienestar á todos los desheredados de la tierra: en la quietud solemne del crepúsculo, rápido y magestuoso en aquellas latitudes tropicales, el hermoso sueño de Cané me atrajo en sus seductores lazos y poco á poco mi espíritu se sintió trasportado al reino de las visiones....

Me parecia estar solo en una barquilla rápida.... rápida como el pensamiento.... ligera.... ligera como la fantasía y remontar el Paraná. El cielo estaba sombrío y el color negrusco de la bóveda que se extendia sobre el rio, se confundia con el color negrusco de la selva.

Ambas orillas estaban pobladas de salvajes que combatian entre si y de cuando en cuando lanzaban contra mi flechas que no alcanzaban á herirme.... En el interior humeaban sacrificios humanos.... Sobre las aguas, de vez en cuando se veian desordenadas flotas de canoas entre las cuales parecia vibrar la lucha mas encarnizada. A veces alguna canoa tripulada por hombres armados trataba de seguirme.... pero no me alcanzaba.

.....
La vision cambió de improvisot

Descendia el majestuoso rio con la misma fantástica barquilla.

Qué mágica transformacion! A la selva densa se habian sucedido pampanosos viñedos, de los que pendian racimos de bellísima uva, árboles frutales de los que colgaban,—delicia de los ojos, tentacion del paladar,—duraznos, dorados damascos, almendras, manzanas, naranjas.... la sonriente campiña era interrumpida á menudo por amenos villorrios hormigueantes de poblacion alegre y festiva, y por inmensas ciudades, en medio de las cuales resaltaban suntuosos palacios, espléndidos monumentos, humeantes chimeneas.

El rio era recorrido en todo sentido por esbeltos vaporcitos, por veloces barcos á vela, por soberbios vapores.

A tanto encanto en la tierra respondia un nuevo encanto en el cielo. ..

La mágica escena era iluminada por una sola fulgidísima constelacion.

Y las estrellas de aquella constelacion, en el calendario de mi proféticamente exaltada imaginacion, llevaban por nombre:

Paz, fraternidad, trabajo!



